

Con delicadeza y paciencia invencible, con firmeza y bondad a la vez, alentaba, amonestaba, bendecía, aconsejaba. Con gran realismo preconizaba la constitución de pequeños *bastiones de cristiandad*: comunidades, escuelas, familias, publicaciones, que deberían convertirse en otros tantos *bastiones de santidad*. Este mismo realismo le hacía aspirar con todos sus votos a la intervención pública de un obispo que reconfortase a los *católicos perplejos*: Monseñor Lefebvre, con quien el Padre se encontró por primera vez en Toulon el 15 de agosto de 1970.

La firmeza de sus posturas le valió numerosos sufrimientos: además de las pruebas debidas a la fragilidad de su salud, tuvo que soportar numerosas condenas y sanciones de parte de ciertas autoridades romanas, desconfianzas o incomprendimientos dentro de su querida Orden, y lo que él llamaba una «relegación sociológica». Y ¿qué decir de su dolor ante la traición de los pastores y de las almas consagradas, el abandono de sus hermanos de armas, el estado de necesidad de los fieles? Todas estas pruebas, sin embargo, lo ayudaron a crecer en el amor y en el silencio. Pues su combate no tenía nada de violento. No se trataba de luchar por el gusto de la lucha, ni para defender posturas personales, sino de defender la verdad y los derechos de Dios.

Rezad –decía a los fieles–. Que la oración os mantenga estables en el amor infinito de Dios, y os haga cumplir de tal modo a él, que podáis saborear la paz, más allá de toda discusión. [...] Sólo la oración nos reconforta y pacifica, a la vez que nos incita a dar nuestra vida, cada cual en su lugar y en la forma en que Dios determine, por el bien de los elegidos. Sólo la oración nos hace permanecer, en silencio y amor, en las llagas gloriosas de Jesús Crucificado.

5º Iluminar y desaparecer en la luz, 1974-1975.

Con el permiso de sus superiores, el Padre Calmel vivió los últimos meses de su vida terrena en Saint-Pré (Brignoles) –actualmente Casa madre de una rama tradicional de las Hermanas del Santo Nombre de Jesús, a la que pertenecen las Dominicanas de Anisacate y de La Reja–, adonde por ese entonces dichas Hermanas habían trasladado la escuela Santo Domingo de Toulon. El Padre Calmel las había alentado a *permanecer fieles a la misa y a la liturgia tradicional, al estado religioso dominicano y a la concepción tomista de la escuela*, siendo para ellas hasta el fin un *guía luminoso y seguro*.

Dejó esta vida el 3 de mayo de 1975, día en que la Iglesia celebraba la Invencción de la Santa Cruz, y fue enterrado en el cementerio de las Hermanas dos días más tarde, el 5 de mayo de 1975, fiesta de San Pío V.

Quería, según él mismo había dicho, *iluminar y desaparecer en la luz*. Voló a la patria totalmente absorto en la verdad, belleza y simplicidad de Dios, y fascinado por su luz. Pero la luz que nos dejó aún sigue brillando.

El Padre Roger-Thomas Calmel O. P.

Este año se han cumplido los 40 años del fallecimiento del Padre Roger Thomas Calmel (1914-1975), digno hijo de Santo Domingo, defensor intrépido de la fe, de la misa y del sacerdocio en tiempos de prueba. Vayan aquí unas líneas para presentar la figura de este sacerdote que supo reaccionar de manera parecida a como lo hizo Monseñor Marcel Lefebvre, por haber alimentado en su alma un mismo amor a la Misa, al Magisterio de la Iglesia, y a la doctrina pura e incontaminada de Santo Tomás de Aquino.

1º Nacimiento y vocación, 1914-1933.

Roger Calmel había nacido el 11 de mayo de 1914 en la granja familiar de Sauveterre-la-Lémance. Sus padres, admirables cristianos, educaron a sus cuatro hijos en el culto del bien y de la verdad, de lo bello y de lo justo, conjugando la sabiduría campesina de la tierra con la sabiduría superior de la Cruz, y creando en el hogar un clima de fervor, alegría y sensatez.

En este clima despertó la vocación del joven Roger Calmel, que en 1926 entró en el seminario menor de Agen. Allí se entregó al estudio con ardor y aplicación, al decir de sus antiguos condiscípulos. A la vez que estudiaba, sentía deseos de una unión más íntima con el Señor, como lo prueba el «contrato de amor» que hizo con su «buena Madre», la Virgen Inmaculada, en 1930, a la edad de 15 años, después de revestir la sotana:

Te consagro mi corazón, mi cuerpo y mi alma; te confío mi vocación, mis intereses en el tiempo y en la eternidad. [...] Dame cada día tu santa y materna bendición hasta el último día, en que tu Corazón Inmaculado me presentará en el cielo al Corazón de Jesús, para amarnos y bendeciros sin fin.

En 1933 sus superiores lo mandaron al Instituto católico de Toulouse, recientemente fundado, para que siguiera allí sus estudios. En años en que se aceleraba la infiltración del liberalismo y del modernismo en la Iglesia, el joven seminarista se entregó a una contemplación más profunda y sabrosa de los misterios divinos, tomando como guía al Doctor angélico, al que se mostró fiel hasta el fin de sus días.

2º En la milicia de Santo Domingo, 1936-1946.

No era sólo su admiración por el pensamiento de Santo Tomás de Aquino lo que lo incitó a pedir en 1936 su admisión en la Orden de los Hermanos Predica-

dores, sino también la consonancia de dicha vocación con su sentido del sacerdocio y su amor por la verdad, verdad contemplada en la oración y en el estudio, y comunicada a las almas por la predicación: *Contemplari et contemplata aliis tradere*. Revestido ya de la blanca librea de Santo Domingo, el joven novicio fue enviado al convento de estudios de la Provincia de Toulouse. Allí pudo beber en su fuente el espíritu propio de su Orden, y dejarse formar por el ideal de Santo Domingo, en quien admiraba a un *hombre de oración* y a un *sacerdote de Dios*.

Este hombre extraordinario –diría de él– tenía en grado excepcional el amor de Jesucristo, el sentimiento de la necesidad de la Iglesia en el siglo XIII, el sentimiento del valor de las almas y del peligro de la condenación eterna a que las exponía la peste de la herejía: «Quid fient peccatores?»

Con estas disposiciones hizo su primera profesión el 1 de noviembre de 1937, su profesión solemne el 1 de noviembre de 1940, y recibió la ordenación sacerdotal el 29 de marzo de 1941, sábado de *Sitientes*. Ahora bien, con motivo de su ordenación, entró providencialmente en relación con las Dominicas enseñantes del Santo Nombre de Jesús, especialmente con la priora de la comunidad de Toulon, la Madre Hélène Jamet, que de buena gana había aceptado recibir al recién ordenado y a su familia para la comida que siguió a la ceremonia. No sospechaba la Madre el papel que el joven dominico jugaría en la Congregación, desde 1945 a 1975, ni los lazos sobrenaturales que lo unirían con las Hermanas.

A finales de 1941 fue enviado a Toulouse y luego a Marsella, para encargarse de la predicación oral en parroquias y escuelas, retiros y peregrinaciones, y en la predicación escrita por su colaboración a dos revistas, la *Vie dominicaine* y la *Revue thomiste*.

3º Con las Dominicas del Santo Nombre de Jesús, 1946-1956.

En 1946 el Padre Calmel volvió a Toulouse. Como el convento de los Padres estaba cerca de la Casa madre de las Hermanas del Santo Nombre de Jesús, el Padre fue requerido para prestar su ministerio sacerdotal a las Hermanas y novicias, y a las alumnas de que se encargaban. No tardó allí en manifestarse como guía experimentado en los caminos de la unión con Dios. También por ese tiempo (1951-1952) trabajó con la Madre Hélène Jamet, entonces Priora general, en la reforma de las Constituciones de su Congregación, en orden a unificar la vida de las Hermanas como religiosas dominicas docentes, y adaptarla a su misión de *«madres de las almas, consagradas al Señor para una misión de educadoras cristianas»*.

El nuevo texto de las Constituciones, concluido en noviembre de 1952, recibió en agosto de 1953 la aprobación de la Sagrada Congregación de los Religiosos. Con todo, en 1954 el Padre recibió de sus superiores la prohibición de proseguir este apostolado fructuoso, al que ya se consideraba demasiado tradicional, siendo entonces apartado de las Dominicas; luego, en 1956, fue enviado a España, donde aprovechó su exilio para meditar la doctrina y vida de San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, y para descubrir los conventos dominicos de España, entonces florecientes.

4º Hijo de la Iglesia en tiempo de prueba, 1957-1974.

En 1957 volvió a Francia, siendo asignado a diversos lugares, y desgastándose en todas partes sin contar, clarividente de los peligros de estos años de crisis política, social, moral y espiritual.

En efecto, el Concilio Vaticano II, convocado por el Papa Juan XXIII en 1962, no tardaría en dejar sentir sus efectos desastrosos y a imponer su espíritu revolucionario.

Lo primero que le echaría en cara el Padre Calmel sería el lenguaje ambiguo adoptado en sus documentos, *«las expresiones vagas, viscosas o huidizas, que pueden ser interpretadas en todos los sentidos, y a las que cada cual hace decir lo que quiere»*, y que producían en él reacciones de perplejidad, indignación y dolor. Por eso, su principal arma, en consonancia con el espíritu de la Iglesia, sería la de un lenguaje claro y sin ambigüedades, en referencia a las definiciones infalibles e irreformables del Magisterio.

De ahí también su labor de predicador infatigable por la pluma, convirtiéndose en asiduo colaborador de la revista «Itinéraires» desde 1958 hasta 1975, y publicando numerosos libros doctrinales, entre los que sobresalen «Teología de la Historia», «Breve Apología por la Iglesia de siempre», «Los Misterios del Reino de la Gracia», y «Las Grandezas de Jesucristo».

Lo mismo sucedía con los ritos de la liturgia y las fórmulas de los sacramentos, que para su eficacia y validez deben traducir con exactitud y precisión la intención de la Iglesia. Ahora bien, en 1969, por la Constitución apostólica *Missale Romanum*, el papa Pablo VI imponía un *Novus Ordo Missae*, una *misa polivalente*, *«cuyo vicio radical –declaraba en 1970– es haber introducido en la celebración de la misa el sistema de ritos y formularios facultativos, imprecisos muy a menudo, que dan credenciales de legalidad a la celebración tanto de la misa verdadera como del “memorial” herético»*.

Contra esta impostura su respuesta no se hizo esperar: fue su «Declaración», protesta de fidelidad absoluta a la misa de su ordenación, escrita el 27 de noviembre de 1969, tres días antes de la entrada en vigor del Novus Ordo.

Deseoso de esclarecer, fortalecer y reconfortar a las almas desamparadas ante los avances del laicismo, las ambigüedades doctrinales, la decadencia de las costumbres, las revoluciones litúrgicas, el abandono de los pastores, no dudó en acudir a su llamamiento.

Cierto número de seglares –decía–, en las tinieblas presentes, no se resigna a verse engañado; se dan cuenta de que el demonio quiere amarrar y demoler a la Iglesia, y están decididos a combatir; pero no encuentran ningún sacerdote que haya sorteado la corriente progresista, o al menos que tenga el valor y la fortaleza de enfrentarla. Cuando descubren a uno, se sienten reconfortados y dispuestos a escucharlo. –Y concluía con llaneza y sencillez–: Creo que soy uno de estos sacerdotes. Por eso trataré de no defraudar sus esperanzas.